*LLAMADA*

Abro los ojos, quitado de mi sueño por el sonido del teléfono. Hay como una realización aliviada, a medias, que me inunda en este despertar.

Me incorporo para atender. Pero abro los ojos de nuevo, acostado en cama. Aquello fue un sueño. El teléfono, que de verdad suena, me ha quitado del mismo. Me siento somnoliento en el borde del colchón.

Despierto otra vez. Los rugidos del teléfono se incrementan. Algo agitado me levanto para atenderlo.

Despierto viendo el techo. Son ya estruendos, que lo sacuden todo. Corro fuera de mi habitación, perdiendo el control de mi miedo. Al pasar el umbral despierto de nuevo.

Otra vez, y otra. El teléfono suena. Cada vez llego más lejos, cada vez rozo más las aguas de la locura. El teléfono está ahí, más lejano de lo que lo recuerdo. Siempre lo anterior fue un sueño y abro los ojos, en la misma cama, con la luz de la lámpara de mesa cegándome. Tengo que atender.

Tengo que atender. Me levanto, y llego hasta el pasillo. Despierto. Cubierto de sudor, vuelvo a la carga. Despierto. Corro. Despierto. Más y más, más cerca de atender. Despierto. Una vez. Y otra. Y otra. Las lágrimas resbalan por mis mejillas. Mi mano roza el cable. Estoy en la cama, viendo la nada. Suena otra vez, como una funesta marcha. Corro.

Lo atiendo.

Hay una respiración del otro lado. La voz que surge es media burla, medio ira.

*“Supongamos. Que los necesitase.”*

Despierto.

…

*FELIZ CUMPLEAÑOS*

Era mi casa, o eso parecía. Pero también era extraña, como caótica, más circular de lo que la recordaba. Los pasillos se doblaban, difuminados al final y pareciendo infinitos al desatento. Había una bruma colorida, psicodélica que confundía al ojo.

Pero no me importó mucho. Quería llegar al patio con urgencia. Crucé la puerta, saliendo a donde el sol calentaba el pasto y me sorprendí por la enorme figura que me recibió: un búho inmenso, reposaba su peso emplumado sacándome cabezas desde el piso, que dormitaba con un reloj engarzado en su estomago y un bonete entre sus orejas.

*Tic tac*, sonaba el reloj. *Tic tac*. Sentí calor a mi espalda. Al girarme, una figura enmascarada, antropomórfica se elevó entre las llamas juzgándome como el Ave Fénix.

Entonces el mundo pareció derrumbarse. La alarma del búho estalló, sonando, batiendo la realidad con un insoportable estruendo, arrojándome de lado a lado. Quise gritar, pero mi voz era acallada por los aullidos del animal.

Entonces, débil y aterrorizado, observo a la pequeña figura encapuchada que se aleja por un brumoso pasillo.

-¿Te asusté, no?

…

*DIOS*

Que oscura que se ha vuelto mi ciudad, pienso. A través de la ventana de mi apartamento, las calles vacías me parecen desiertos de piedra, lapidas de cemento bajo las cuales descansa el ruido que alguna vez dominó la existencia de quienes ahorran transitan como muertos en vida, cabizbajos siguiendo la misma dirección.

Allá, a lo lejos, la sombra de un horror aletea crepitando sobre la torre de la catedral. Debo apresurarme, pienso. En un par de pasos llego a la primera planta, guardándome de no ser visto. Algunas personas se hallan de cara a las paredes, en silencio, y las esquivo en mi camino hacia la cochera. Ellos ya están perdidos.

El motor de la Harley ronronea al subirme sobre ella. El horror esta cerca, en este cielo negro, en esta eterna noche, asi que es mejor si pongo prisa en mis movimientos y en mis pensamientos. Los manubrios bajo mis guantes, el pedal bajo mi bota, incluso la misma maquina que comienza a rugir al acelerar, por el camino, dejando atrás lo que fue mi refugio por semanas, adquiriendo velocidad mientras me alejo de los espantosos alaridos que dan allá los seres negros, al tomarlo todo.

De momentos no llego a formular ideas, mientras conduzco. Siento que soy libre, que nadie va a tocarme, que manejaré a esta motocicleta hasta que se haga polvo; mi maquina, mi futuro. Me siento un vengador, un demonio, y alcanzo a reír, incrementando la velocidad, dejando atrás la ciudad.

Pero ahí, en el baldío, me hallo con una infinidad de personas. Son los Seguidores, los que ya se han unido. Caminan, ignorándome, vestidos de pulcra blanqueza, somnolientos, marchan en una inmensa fila, hacia una luz que hay a mi espalda, como si se perdieran en el amanecer. No quiero saber hacia donde se dirigen. Me disgustan, me dan más miedo que los Seres. Las expresiones fascinadas, congeladas en sus rostros, niños y ancianos con sonrisas pétreas, perturbadoras, su manera de arrastrar los pies, la entrega completa hacia sus destinos. Ya dejan de ser individuos, sino que parecen cuerpos, dejan de ser cuerpos, y parecen maquinas, pero no llegan a ser una maquina pues les falta algo también, algo que esta presente en el resto de este mundo y que, solícitos, su mente quebrada ya ha entregado.

Evito mirarlos, y acelero en dirección opuesta. Como ovejas, algunos de ellos se apartan, dan pasos al costado para dejarme pasar, sin alterarse, enfocados en la luz que los guía y en su patética actitud de rebaño. Atropellando un par, riendo a las carcajadas, continúo sintiendo el viento azotar mi rostro, despeinarme, enseñarme que es la libertad. Soy libre. El mundo cae, llega a su fin, y yo soy libre. Esto me parece lo más importante.

Pero mi libertad tiene una vida muy corta. La rueda delantera de mi motocicleta cede, al golpear contra una piedra. Es de esperar, si es la primera vez que conduzco una de estas máquinas. Hay unos segundos, en los que por algún motivo tengo plena confianza en que todo marchara bien, que seguiré andando a máxima velocidad. Pero no: la parte de atrás, como si me hallara sobre un trampolín, se levanta, el vértigo domina mi corazón mientras asciendo por los aires, doy un giro, caigo cerca de un árbol.

Y duele. Duele mucho, duele tanto que ya casi no puedo sentirlo, de tal profunda es la agonía que me invade. Algo en mi se quebró: tal vez un brazo, tal vez una pierna, tal vez algo más, y me obliga a permanecer retorcido, en la tierra, partido, viendo de cabeza las siluetas blancas de los Seguidores pasar, sin dirigirme la más mínima mirada, ignorando al moribundo que llora y a la motocicleta en llamas, sus ojos febriles hacia el resplandor.

Es un llamado extraño, el que resuena en mi entonces. Porque, de repente, lo *veo*. Veo la luz. Estaba allí, a mi espalda, todo este tiempo, sin embargo solo ahora puedo notarla, solo ahora me devora.

Y siento que olvido cosas, una tras otra. Y mis piernas quebradas se irguen, y soportan el peso de mi cuerpo roto, y mis ojos sangran y mi boca también.

Pero estoy sonriendo, fascinado. Esa luz... Está allí. Esa es la luz que me llevará.

Marcho, junto a los demás. La luz... Está cada vez más cerca. La quiero. Invencible, no deja resquicio para realidad alguna, lo abarca todo, me sustrae de mi mismo, me revela los altibajos de mi vida como fueron. Necesito esa luz, ahora lo comprendo. Comprendo toda su magnificencia, y camino, paso a paso, sintiéndome infinitamente solo, pero también siempre acompañado.

Ya no queda pensamiento alguno en mi mente, sino solo el deseo por ese resplandor. Ya estoy cerca. Ya extiendo los brazos, intentando alcanzarlo. Ya casi. Lloro, rió, me regocijo en la más perfecta alegría. Esto es la felicidad de la que siempre se habló. Esto es la perfección. Esto es Dios.

.

...

*BRUMA*

Cuando los cinco despertamos, vimos que solo había bruma tras el cristal de la ventana.

Era una bruma tal que no se podía ver nada de lo que había allí afuera, y eso aunque el reloj de la casa indicaba que el sol ya había salido hacía horas.

Por supuesto, esto nos pareció de lo más extraño. El mayor, eficaz en su curiosidad, abrió la ventana para examinar esa niebla. Y cuando sus manos la tocaron, quedaron pegadas, y al intentar retirarlas, la bruma, blanca, se estiró con él con la consistencia gomosa de un chicle, y una sombra negra, enorme, se dirigió a toda velocidad hacia aquel movimiento, dándonos tal susto que yo cerré la ventana de golpe, cortando el hilo, dañando los dedos de mi amigo pero salvándolo también del alargado colmillo que se clavó en el cristal vibrante.

Y todos quedamos helados, viendo esa mano que temblaba, y la tela que la rodeaba.

Así que buscamos una solución. Pero parecía ser que nos hallábamos atrincherados; todo era blanco, en cada una de las aberturas de la casa: la mirilla de la puerta del frente daba al blanco, las del comedor, las ventanillas del baño, las de la habitación de la cama grande, las de la cama pequeña, y en la que dormíamos ahora. Nos rodeaba esa bruma, ese pegajoso entramado de tela, y parecía ser tan denso que yo no hacía más que preguntarme a cada rato.

-¿Tiene fin? ¿Tiene fin acaso?

Y el resto, sabiendo mi aversión a los arácnidos, me consolaba.

-Alguien vendrá a rescatarnos. No te preocupes. Alguien tiene que venir.

Pero yo seguía imaginando un mundo blanco, un mundo de monstruos de ojillos sin brillo, un mundo donde ya todo estaba inmóvil y pegado. Y como subrayando mis palabras, llegó la noche y nadie vino.

Tampoco vinieron al segundo día, ni al tercero. Nosotros, esperando, comíamos lo poco que había; hacíamos magros fideos en una olla destartalada, masticábamos galletas viejas racionándolas con esmero, bebíamos el agua trancada de la canilla y nos entregábamos al alcohol en las noches, para darnos valor.

Afuera, la bruma parecía hacerse cada vez más y más densa.

-En algún momento- dijo el menor, que siempre tenía más fe que el resto- Tienen que salvarnos. En algún momento alguien notará la casa, y vendrá.

-¿Y si los demás se hallan igual?- aventuró su hermano- Quizás todos estamos encerrados.

Y esa idea nos pareció horrible.

Más días pasaron. Teníamos hambre, apenas nos conformábamos con unos tragos de alcohol, comenzábamos a enflaquecer. Íbamos de un lado a otro, rebotando por las paredes de la casa, siempre viendo la bruma y las sombras que tras ella se movían, las patas, las moles oscuras, preguntándonos que habría más allá. Charlábamos, largamente, pues el dialogo era lo único que teníamos para hacer. Bebíamos agua, y dormíamos, como presas de un dulce ensueño, de una hibernación humana. De vez en cuando experimentábamos: abríamos la ventana, e introducíamos un palo, un cuchillo, algo en esa esponjosidad pegadiza, y este se hundía y toda la tela vibraba y de nuevo sombras negras se aproximaban, con chillidos apagados, hacia nuestra dirección: momento en el que volvíamos a cerrar todo y nuestros corazones rebotaban en nuestro pecho por el miedo, el terror animal de sentirse una presa.

Nuevas mañanas, y noches, que apenas reconocíamos por el resplandor que se adivinaba en nuestra tapadera. Dormíamos en el suelo del comedor, arrojados, sintiendo el frío y temblando. Arriba, en ocasiones, se sentían repiqueteos distantes.

Alguien tenía que venir. Alguien tenía que ayudarnos.

Pero nadie vino.

Y cierto día, el mayor decidió aventurarse. Sin pedir nuestra opinión, tomó un desodorante, un encendedor, y con aquello abrió la puerta de entrada en un acto de valía y estupidez, y comenzó a encender fuego a la tela, haciéndola retroceder.

-¡Basta!- le dije yo, aterrado.

La bruma se iba disminuyendo, chamuscando, y el chillido se incrementaba en nuestra dirección. Pero él no me hizo caso: sus ojos eran determinados, ausentes, mientras continuaba quemando. Tenía hambre: sin duda, bajo la remera, ya las costillas se le veían.

-¡Detente!- le rogaron los demás. Y no hizo falta más pedidos. Algo negro pasó, como una saeta, y se lo llevó metiéndolo por los resquicios de la tela.

Luego vi a un monstruo, de muchos ojos cilíndricos, con gruesas y lustrosas patas avanzar entre tambaleos por aquel mundo, hacia la entrada de la casa abierta. Y parecía que la bruma era infinita a nuestro alrededor.

Yo cerré la puerta, y los cuatro quedamos en silencio.

Esa noche tuvimos un largo dialogo. Algunos lloraron, otros, como yo, lo aceptaron todo con una resignación apesumbrada.

Nos dimos un día más, porque teníamos esperanza. Creíamos, pero nada ocurrió.

Luego de eso yo me levanté, y saludé a los tres cuerpos que dormían, sus leves respiraciones. Hice eso, y dejé la llave de gas abierta.

....

*OTRO DÍA*

Se me ocurrió entonces que el problema podía estar viniendo desde el suelo.

Pero no, evidentemente no era así. Y esto lo supe porque, al revisar el sótano de casa, no noté cambio alguno con como había estado antes.

Así que me dije que la estática que se sentía en el aire debía provenir de algún otro lado. Era, cuanto mucho, más una molestia que un inconveniente: se pegaba a la piel, a las ropas, erizaba mi cabello y el vello de la nunca, irritaba en ocasiones y lanzaba los ocasionales chispazos cuando mis dedos rozaban la superficie de un mueble. Ni hablar si lo que tocaba era metálico.

Decidí entonces dejar el hogar, para ver si afuera las cosas estaban mejor.

El cielo era nublado, muy nublado. Habían pasado ya los días de tedioso calor, y destellos entre las formaciones auguraban una tormenta peligrosa. Atravesé las colinas a paso firme. Eliana me esperaba sentada sobre una de ellas, contemplando el fenómeno sobre nuestras cabezas.

-Aquí todo es muy feo- me dijo.

-No es así siempre- le respondí. Pero no me interesaba mucho justificar a mi ciudad, que de cualquier modo nunca me pareció importante. Soy de esos ilusos que consideran que su nacionalidad es el mundo, el espacio, quizás la existencia misma.

-¿Esos truenos son naranjas?- me preguntó.

Me senté a su lado, y observé. En efecto, había algo de cobrizo en las líneas de luz que se retorcían entre la oscuridad. Algo de artificial, de corrupto.

-Eso no es normal- me dije.

-Este lugar es muy raro- asintió Eliana, y rebuscó de su bolso unos lentes negros. Se los colocó para ver mas tranquila lo que ocurría, pero yo me distraje con otra cosa. No había nadie a nuestro alrededor.

Se oyó el clamor de una bocina inmensa en las alturas.

-Que trueno más extraño.

Me incorporé, sin escucharla. Arriba, encima de nosotros algo se dibujaba por entre la bruma de las nubes. Algo inmenso, proyectaba su sombra atravesándolas, precipitándose.

-Ese de ahí- señaló Eliana la nave colosal que descendía como si fuera a aplastarnos, con la más natural de las calmas- Nunca vi un trueno así.

La tomé del brazo para que se levantara, dominado por la urgencia.

-Hay que salir- dije.

El objeto se acercaba más y más. Una voz resonó en mi cabeza.

*QUEDENSÉ EN SUS CASAS*

*Y NO SERÁN BROMEADOS*

-A casa- añadí.

Me siguió algo perdida. Los autos levitaban a nuestro alrededor, como si la gravedad, eterna compañera de nuestro planeta nos estuviera abandonando. Sentí que me daba algo de apuro que mi ciudad fuera tan particular.

Corrimos. Pirámides invertidas, inacaparables con la mirada venían desde la estratosfera y flotaban a metros de las colinas, de los rascacielos, de la soledad de los árboles. Despedían luces rojas, ofensivas. Evité verlas, y corrí, corrí, corrí, hasta que llegué al centro. Han llegado las naves espaciales.

Veo muchas imágenes, de mi febril imaginación. Veo astronautas de piedra con calaveras bajo el casco, veo alienígenas malformados que rugen en un mundo desierto, veo plantas que chupan la sangre como enredaderas desde el suelo y el eterno clamor de una sirena. Entramos a un departamento, nos encerramos, procuramos ver cuanta comida teníamos para resistir.

Luego recordé algo.

Una tontería.

-Nos falta agua- dije. Y salí de nuestro refugio, a buscarla, paseando por las desoladas calles.

De las pirámides espaciales, nada descendía.